



## CAPÍTULO I



Cuando el ómnibus económico se detuvo, la señorita Fox-Seton se apeó y se recogió con esmero y recato la elegante falda, pues estaba acostumbrada a subir y bajar de aquellos vehículos y a caminar por las empedradas calles de Londres. Una mujer cuyos trajes a medida deben durarle dos o tres años pronto aprende a protegerlos de las salpicaduras y a ayudarlos a conservar la forma de los pliegues. Esa mañana, mientras iba de un lado para otro bajo la lluvia, Emily Fox-Seton había tenido mucho cuidado y, de hecho, regresaba a Mortimer Street tan impecable como había salido de allí. Había pensado mucho en su vestido, una prenda especialmente fiel que ya llevaba doce meses luciendo. En ese tiempo, las faldas habían dado otro de sus imprevisibles cambios de estilo; y mientras caminaba por Regent Street y Bond Street se detuvo ante el escaparate de más de una tienda con el rótulo «Confección de ropa de mujer» y contempló, con la ansiedad reflejada en sus grandes y diáfanos ojos color avellana, los pulcros modelos que lucían los maniqués, de exagerada delgadez. Intentaba descubrir dónde había que colocar las costuras y cómo había que prender los frunces; o si hacía falta prender frunces; o si había que prescindir por completo de toda costura siguiendo un estilo en constante cambio que impedía que las personas honradas y sin muchos medios resolvieran el problema de cómo retocar las faldas de la temporada anterior. «Como la tela es de un marrón bastante corriente —murmuró para sí—, podría comprar un par de metros a juego y unir la nesga cerca de los pliegues traseros para que no se vea.»

Sonrió satisfecha al llegar a esa feliz conclusión. Era una persona tan sencilla y normal que no hacía falta mucho para alegrarle la vida y arrancarle una sonrisa amable e infantil. Cualquier gesto amistoso que

le hicieran, cualquier pequeño placer o el más insignificante lujo la hacían resplandecer. Al bajar del ómnibus y recogerse la gruesa falda marrón, dispuesta a avanzar con valentía por el barro de Mortimer Street hasta su alojamiento, estaba realmente radiante. No solo su sonrisa era infantil: toda su cara era aniñada para tratarse de una mujer de su edad y su estatura. Tenía treinta y cuatro años y una muy buena figura, con los hombros bonitos y cuadrados, la cintura estrecha y las caderas anchas. Era corpulenta, pero con buen porte; y tras resolver el problema de cómo obtener, mediante grandes dosis de energía y organización, un buen vestido al año, lo lucía con tanto tino, y transformaba los viejos con tanta habilidad, que siempre iba elegantemente vestida. Tenía unas bellas mejillas, rellenas y sonrosadas; unos ojos grandes, bonitos y de mirada limpia; abundante cabello castaño claro y una nariz corta y recta. Era agraciada y parecía de buena familia, y el bondadoso interés que mostraba por todos, así como el placer que obtenía de cualquier cosa susceptible de procurarlo, daban a sus grandes ojos una mirada alegre que le hacía parecer una niña excesivamente alta y no una mujer madura cuya vida era una lucha constante contra la más exigua de las buenas fortunas.

Era una mujer de buena familia y con una buena educación, como suele ser la educación de las mujeres de su clase. Tenía pocos parientes, y ninguno estaba dispuesto a aliviar sus dificultades económicas. Eran gente de un linaje excelente, pero bastante les costaba ya mantener a sus hijos en el ejército o la marina y buscarles esposo a sus hijas. Al morir la madre de Emily, y con ella su modesta renta vitalicia, ninguno había querido hacerse cargo de una niña tan grandota, y le habían explicado la situación con toda franqueza. A los dieciocho años, Emily había empezado a trabajar de ayudante de maestra en una pequeña escuela; al año siguiente había conseguido una plaza de institutriz; y luego había sido dama de lectura de una desagradable anciana de Northumberland. La anciana vivía en el campo y sus familiares revoloteaban sobre ella como buitres a la espera de su fallecimiento. La casa era tan

lúgubre y espantosa que habría podido sumir en la más profunda melancolía a cualquier joven que no hubiese tenido un temperamento práctico y juicioso. Emily Fox-Seton había soportado la situación con una buena disposición inquebrantable, lo que al final había despertado en el corazón de su señora un rayo de humanidad. Cuando a la anciana le llegó por fin su hora y Emily tuvo que abandonar la casa y regresar al mundo, le revelaron que había recibido una herencia de unos cuantos cientos de libras y una carta que contenía algunos consejos prácticos expresados a vuelapluma, que la señora Maytham había escrito con mano débil y temblorosa.

Regresa a Londres. No eres lo bastante inteligente para destacar en nada con lo que puedas ganarte la vida, pero eres tan bondadosa que podrías serle útil a muchos seres necesitados que te pagarán algo por ocuparte de ellos y de los asuntos que ellos son demasiado perezosos o demasiado inútiles para hacer por sí mismos. Podrían contratarte en algún periódico de moda de segunda clase, para contestar preguntas ridículas sobre el cuidado de la casa, el papel pintado o las pecas. Ya sabes a qué me refiero. Podrías escribir cartas o llevarle las cuentas y hacerle la compra a alguna mujer indolente. Eres una persona honrada y con sentido práctico, y tienes buenos modales. He pensado a menudo que cuentas con los dones comunes que un montón de gente común busca en sus empleados. Una antigua sirvienta mía que vive en Mortimer Street seguramente podrá ofrecerte alojamiento barato y decente, y se portará bien contigo si se lo pido. Tiene motivos para estar-me agradecida. Dile que te he enviado yo, y que debe alojarte cobrándote diez chelines por semana.

Emily lloró de gratitud y, a partir de ese día, entronizó en un altar a la anciana señora Maytham, a la que tenía por su santa y principesca benefactora, pese a que, tras invertir su herencia, tan solo obtuvo de ella una renta de veinte libras anuales.